

Joaquim Sempere

## Canibalismo político

En este país durante un tiempo nos hemos dejado engañar por la derecha. Con la transición creíamos no sólo que habíamos superado y dejado atrás las instituciones franquistas «aunque con residuos incómodos y peligrosos en los aparatos del Estado», sino también la cultura política heredada. Cuando el PP ha podido gobernar con mayoría absoluta, nos ha revelado nuestra ilusión. Hemos visto que en España persiste una cultura política autoritaria, profundamente antidemocrática, que el PP se propone no combatir, sino atizar y aprovechar para su propio proyecto de dominación.

Haríamos bien en analizar qué significa ese proyecto. Porque no se trata de una simple vuelta atrás. El *tejerazo* fue el último intento de unos nostálgicos para una vuelta atrás (en el 23-F de 1981 se mezclaban varias conspiraciones, no sólo la de los nostálgicos del franquismo puro y duro). Lo que ha venido después supone una actualización de nueva planta de los objetivos de la derecha reaccionaria. En esa actualización se observan varios elementos, unos viejos y otros nuevos, a veces entremezclados. Entre los viejos destacan la mitificación de la «unidad de España», como bandera de enganche ideológico, y la vuelta al nacionalcatolicismo. Entre los nuevos destacan la apropiación del lenguaje constitucionalista democrático (versión española del mito de la «democracia» como legitimación del poder capitalista en todo Occidente) encaminada a vaciar de contenido democrático la vida civil y política, y la utilización desde el poder (político, económico, mediático) de los medios de difusión de masas «lo que podríamos denominar «berlusconismo»». A caballo de lo viejo y lo nuevo está el uso desvergonzado de la mentira, la calumnia y el insulto, magnificado por los medios de difusión.

En conjunto, se ha hecho visible de manera clara y contundente un proyecto derechista protagonizado por una amalgama de personajes directamente entroncados por lazos de filiación y parentesco con los que fueron funcionarios y políticos del franquismo (con algunas cooptaciones notables, no pocas procedentes de la izquierda antifranquista), que recoge y transfigura el viejo proyecto dictatorial de dominación política envolviéndolo en ropajes nuevos, «a la altura de los tiempos»; que recupera el apoyo «siempre implícito en las sociedades modernas» de la antes llamada «mayoría silenciosa», una masa normalmente inarticulada, políticamente lobotomizada por la suma de impotencia política y manipulación televisiva, psicológicamente fragilizada por la inseguridad laboral y económica y por las amenazas que se hacen gravitar sobre el sistema de la Seguridad Social (y en particular sobre el futuro de las pensiones), y políticamente neutralizada por un régimen político que hurta a la gente corriente todo sentimiento de ciudadanía y trata de convertirnos a todos en individuos atomizados e impotentes a quienes sólo se nos pide votar cada tanto y, sobre todo, abstenernos de cualquier otra actividad política y social, dejando en manos de los profesionales de la política la tarea de gobernar.

En este marco, atizar el odio y la desconfianza entre comunidades autónomas es sumamente rentable para el gobierno del PP. No se trata de que no puedan existir diferencias de intereses, celos e incluso motivos de hostilidad entre los pueblos de España. Pero es obvio que lo deseable es establecer mecanismos con los cuales puedan dirimirse las diferencias dentro de un

marco y un estilo de convivencia constructiva, y colocar los problemas en un plano de racionalidad y veracidad informativa. Lo que hace el PP es exactamente lo contrario: expulsar toda racionalidad, toda informaci3n veraz, y atizar el odio irracional entre pueblos, con la insensata esperanza de capitalizar ese odio para su propio reforzamiento electoral (sobre todo en las comunidades menos desarrolladas, m3s sensibles al argumento de «son insolidarios», «nos dejan en la estacada», etc.), aun a costa de un deterioro de la convivencia entre pueblos y de una creciente ignorancia rec3proca, madre de futuros desencuentros. El PP aspira, as3, a asentar su dominaci3n pol3tica sobre el inestable fundamento de la confrontaci3n permanente. De ah3 la importancia que tiene hoy cualquier intento de fomentar el di3logo y el entendimiento entre todos los pueblos y las culturas de Espa3a, como el encuentro, en esta 3nea, de intelectuales, profesionales y artistas de toda Espa3a que se prepara en Madrid para el mes de abril o mayo. No hay que pensar, por lo dem3s, que este entendimiento cae por su propio peso: es un objetivo que debe elaborarse a trav3s del di3logo. Y en esta tarea, la izquierda tiene un papel espec3fico. En las naciones y regiones m3s desarrolladas, la izquierda debe acentuar la redistribuci3n solidaria en beneficio de las comunidades menos desarrolladas; y en 3stas, la izquierda debe acentuar el respeto a las culturas y lenguas minorizadas de las comunidades m3s ricas. Y en todas, el aumento del autogobierno debe verse como un progreso de la democracia y un incremento del potencial para una democracia m3s participativa.

La informaci3n veraz es otra batalla fundamental. La guerra del agua lo ejemplifica. El trasvase de agua del Ebro hacia el levante y el sureste de la pen3sula es un aut3ntico disparate ecol3gico y econ3mico. C3lculos fiables nos dicen que la desalaci3n de agua de mar in situ (en la costa de Murcia y Almer3a) proporcionar3a agua de mejor calidad y a mitad de precio que la procedente del Ebro (que, por su p3sima calidad, requerir3a un proceso de desalaci3n y depuraci3n muy costoso, y que supondr3a unas infraestructuras fara3nicas de canalizaci3n... y de bombeo ininterrumpido, pues se captar3a a una altura de 10 metros sobre el nivel del mar y deber3a sortear, en su camino hacia el Sur, alturas superiores). A pesar de estas previsiones econ3micas, y a pesar del desastre ecol3gico, agr3cola y pesquero que representar3a para toda la zona del delta del Ebro, el gobierno sigue adelante cerrilmente con su proyecto, cuyos beneficiarios principales no ser3an los campesinos modestos de Murcia y el Pa3s Valenciano, sino b3sicamente las constructoras concesionarias de las obras de canalizaci3n y los intereses inmobiliarios de quienes quieren seguir construyendo viviendas, hoteles, parques tem3ticos y campos de golf para un desarrollo tur3stico insensato. O tambi3n para algunos grandes negociantes de una agricultura de regad3o que hoy no existe. Pues bien, toda esta trama de intereses se esfuma y del tema del trasvase no queda m3s que un mensaje escu3lido pero abrumador: «3Os quitan el agua!». Gobernar as3 es hacerlo con el principio de «cuanto peor, mejor», y «despu3s de m3, el diluvio», porque no importa c3mo quede el clima de convivencia entre pueblos y regiones de Espa3a.

En esta situaci3n, es exasperante que el PSOE lance la idea de que no va a gobernar si no es el partido m3s votado. En la Comunidad de Madrid estuvo dispuesto a gobernar con los votos de IU sin ser el partido m3s votado. ¿Por qu3 ahora no? Hoy en d3a, echar al PP del gobierno del Estado es una cuesti3n de salvaci3n nacional, una pol3tica de emergencia democr3tica b3sica. Tratar de arañar votos a IU y a otras opciones en aras al «voto 3til» es una mezquindad que merece un voto de castigo contra el PSOE y requiere articular una presi3n para que el PSOE renuncie a esta estrategia electoral no s3lo suicida, sino incoherente con la 3nica pol3tica hoy aconsejable: la de 3 todos contra el PP para desalojarlo de la Moncloa! Lo dem3s

“que es mucho y muy importante” ya se discutir ; después.